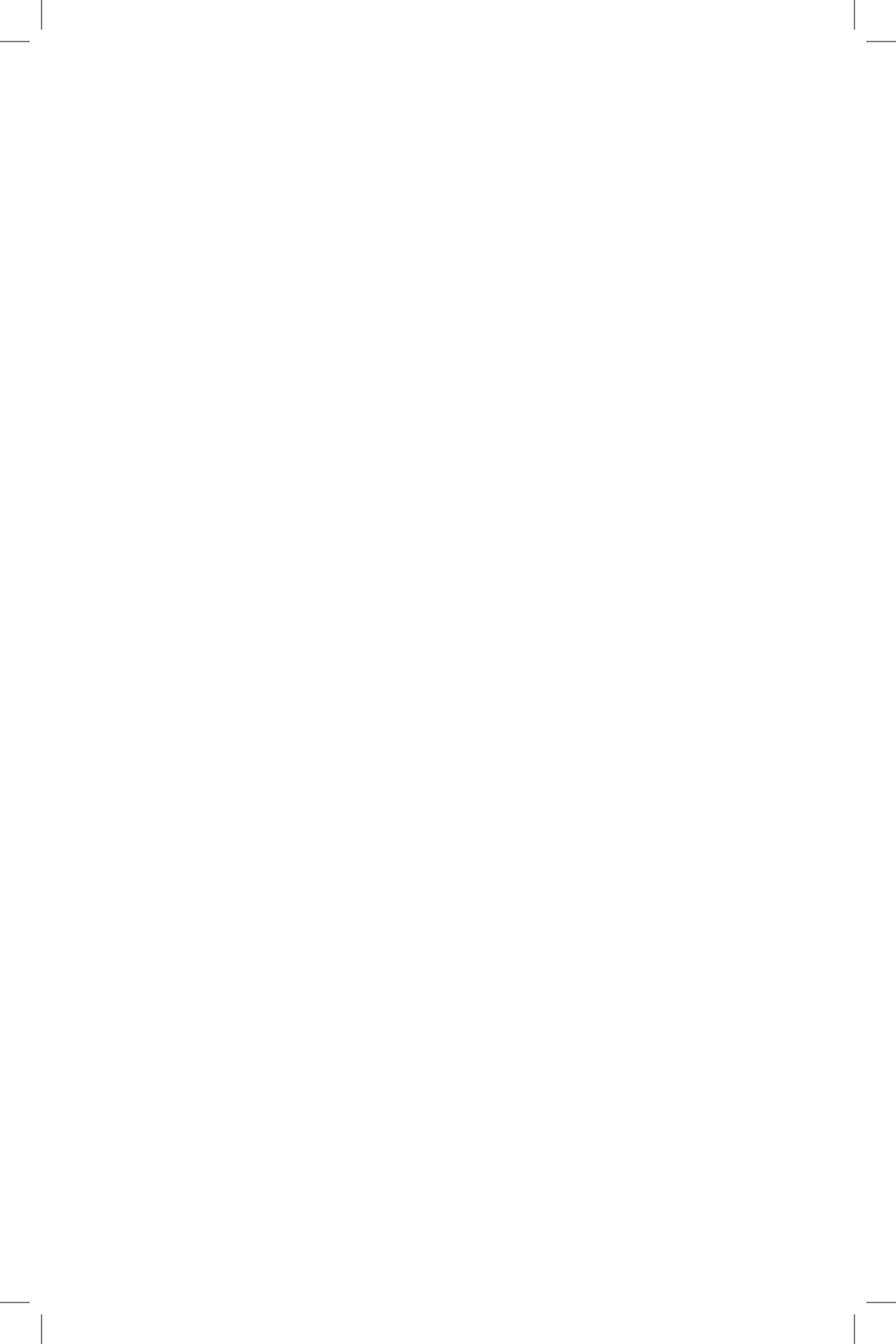


El Círculo Sáfico





Paula Villanueva

El Círculo Sáfico

*Lesbianismo y bisexualidad
en el Madrid de principios del siglo xx*



levanta
fuego

Primera edición: mayo de 2024

© 2024, Paula Villanueva
© 2024, Levanta Fuego, por esta edición
Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta: Coral Bullón
Interiores y maquetación: Marta García
Impresión: Estugraf

Publicado por Levanta Fuego
www.levantafuego.com
contacto@levantafuego.com

ISBN: 978-84-127107-6-2
Depósito Legal: B-9815-2024

Índice

¿Mujeres sáficas en las generaciones del 14 y del 27?	13
Advertencias de la autora a la lectora.....	23
1. La mujer moderna y su sexualidad en la Edad de Plata española	31
2. El Lyceum Club Femenino.....	57
3. Los círculos sáficos y la Acrópolis madrileña	87
4. El quién es quién de las bisexuales y lesbianas: algunas trébedas que no debemos olvidar.....	119
5. «A las que equivocaron su camino».....	269
Bibliografía	275
Agradecimientos.....	283



A este herbolario de ejemplares raros.



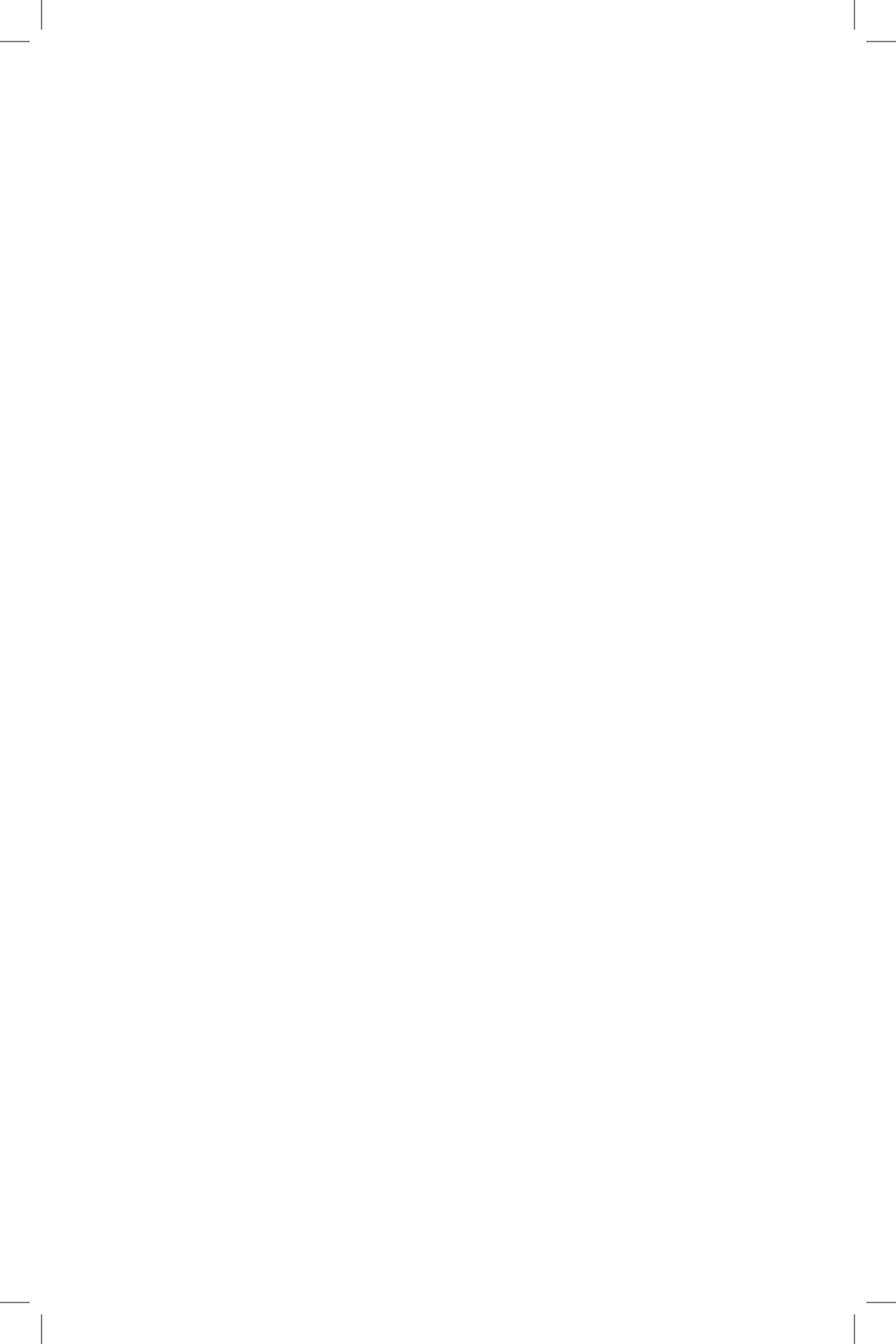
GENEALOGÍA

(Safó, V. Woolf y otras)

dulces antepasadas mías
ahogadas en el mar
o suicidas en jardines imaginarios
encerradas en castillos de muros lilas
y arrogantes
espléndidas en su desafío
a la biología elemental
que hace de una mujer una paridora
antes de ser en realidad una mujer
soberbias en su soledad
y en el pequeño escándalo de sus vidas

Tienen lugar en el herbolario
junto a ejemplares raros
de diversa nervadura.

CRISTINA PERI ROSSI, *Otra vez Eros*



¿Mujeres sáficas en las generaciones del 14 y del 27?

Una introducción muy personal

Llegué a Victorina Durán por un golpe de suerte. Estaba escribiendo mi trabajo final de máster cuando me topé con el artículo de Vicente Carretón Cano y sentí que el corazón me daba un vuelco. ¿Era posible que a principios del siglo pasado hubiera existido en Madrid un espacio de reunión intelectual para mujeres lesbianas o bisexuales? ¿Un lugar en el que estas mantuvieran discusiones acerca del mundo cultural, pero en el que también hubiera espacio para el disfrute y los placeres?

Mi sorpresa fue tal porque, como muchas sabréis, el silencio no ha sido tan ensordecedor cuando se ha tratado de hablar de hombres artistas e intelectuales homosexuales. Sin ir más lejos, en cierta forma resuena el carácter masculino y homosexual de la generación del 27, que contó con personalidades como Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Luis Cernuda o Gregorio Prieto. Incluso hay profesores universitarios que pueden mencionar de pasada en una de sus clases la extraña —y, en mi opinión, cruel— relación que mantuvieron Dalí y Buñuel con Lorca. Pero si las compañeras artistas de esa llamada generación del 27 —así como de su predecesora, la del 14— ni siquiera encuentran espacio de existencia en las aulas, si ni siquiera son nombradas ni su obra es puesta

en valor, qué se puede decir de la forma en la que vivieron su sexualidad o construyeron sus identidades al margen de los mandatos de la heterosexualidad obligatoria.

Por todo ello, me suscitó tanto interés encontrarme entre las páginas con una mujer como Victorina Durán, que, sin duda, no podría dejar a nadie indiferente. Hoy en día, sus diarios —en especial el tercer volumen, titulado *Así es*— nos permiten adentrarnos en lo que fue aquel oasis abierto a la sensibilidad, la afectividad y la sexualidad lésbica. Rastrear los espacios que compartieron en los mismos epicentros institucionales de la cultura de la época: el Lyceum Club Femenino, el «saloncillo» del Teatro Español, el consulado de Gabriela Mistral...

Mi fascinación por Victorina Durán sí fue, en cierto modo, uno de los motores que me llevaron a la redacción de este ensayo, pero ella no fue mi primer contacto con este Círculo Sáfico madrileño. La primera fue Encarnación Aragoneses, o, mejor dicho, ya que ella se rebautizó así, Elena Fortún. Una personalidad con una vida y obra tan hechizante que es imposible dedicarle tan solo unas pocas palabras. Una aclamada escritora española de literatura infantil y juvenil que se cambió el nombre para publicar —su nombre de nacimiento fue María de la Encarnación Gertrudis Jacoba Aragoneses y de Urquijo— y lo acabó usando en su día a día. Mientras que lo habitual en las escritoras de su tiempo era adoptar un pseudónimo masculino o ambiguo¹ para tener

1. Algunos de los casos más resonados en el ámbito hispanohablante fueron los de Carmen de Burgos, que publicó bajo los pseudónimos Gabriel Luna y Perico el de los Palotes; Cecilia Böhl de Faber, bajo el de Fernán Caballero; Lucía Sánchez Saornil, bajo el de Luciano de San-Sao, o Rosario de Acuña, bajo el de Remigio Andrés Delafón. Por su parte, entre las autoras anglosajonas sería necesario destacar, al margen de las hermanas Brönte, el caso de Marguerite Radclyffe Hall, que publicó omitiendo su nombre de pila, el cual delataba ese género al que supuestamente se adhería la autora de *El pozo de la soledad*. Aun con todo, este último

un mayor alcance en la publicación, la decisión de Fortún poco tuvo que ver con estas cuestiones. Entre otras cosas, esto pudo deberse a que, al publicar literatura infantil y juvenil, un género absolutamente feminizado y considerado «de segunda», la «condición femenina» de Fortún no representaba un problema. Ahora bien, ¿qué tiene de polémica la elección de su nuevo nombre? Su primo y marido, Eusebio de Gorbea y Lemmi, fue militar y escritor, aunque nunca alcanzó la fama y el reconocimiento que obtuvo su esposa —algo que le frustraba y que provocaba tensiones entre ellos dos, como ya se expondrá más adelante en este libro—. Eusebio escribió y publicó un libro en 1922 titulado *Los mil años de Elena Fortún* en el que se cuentan las vivencias de una mujer que se traviste y cambia de sexo en diferentes épocas históricas, como sucederá en el *Orlando* de Virginia Woolf, publicado seis años más tarde. La protagonista de esta obra de Gorbea y Lemmi considera su cuerpo de mujer como una especie de cárcel que necesita abandonar para, así, poder formar parte de la vida y de la historia. Un pensamiento de lo más actual y, a su vez, inserto en una crítica feminista a la institución del género como principio organizador y vertebrador de las vidas humanas. De modo que esta elección por parte de Elena Fortún no puede resultarnos casual ni, mucho menos, irrelevante. Fue una declaración de intenciones, una forma de posicionarse y de autonombrarse o definirse en la que ya profundizaremos más adelante, pero por el momento quería presentaros así a la escritora. A Fortún también le debo el descubrimiento del Círculo Sáfico de Madrid, puesto que, gracias a mi deseo de adentrarme en su vida y obra, pude llegar a este espacio

caso podría asemejarse más al de Fortún, pues el «cambio» de nombre bien podría responder a unos deseos de autodeterminación de la propia escritora. También conviene mencionar que Radclyffe Hall prefería que sus amistades se refiriesen a ella con el nombre de pila de John.

de confluencias y asociacionismo femenino y lésbico. Igualmente, desde esta introducción me gustaría señalar que la importancia de Fortún como referente lésbico pasa por su obra, ya que cuenta con cuatro textos autobiográficos, autoficcionales o ficcionales sobre temáticas lésbicas y disidentes en lo que a la identidad y el género respectan: *Nací de pie*, *Calistenia*, *Oculto sendero* y *El pensionado de Santa Casilda*.²

Cualquiera que se haya enfrentado a la investigación bibliográfica de nuestras antepasadas sáficas conoce la enorme dificultad para encontrar textos en los que los encuentros románticos o sexuales entre mujeres se describan sin rodeos, sin tapujos y de forma explícita.³ Esto no es algo baladí, ya que los mecanismos de género operan aquí de forma ineludible. Por un lado, es innegable que el mandato binario y cisheterosexual del género ha afectado a la ficción de autoras abiertamente bisexuales o lesbianas, pero también es algo que llegó a permear la psique de estas mujeres, llevándolas a la autocensura, incluso en sus propios diarios. Por ello, la censura,

2. Al menos, actualmente, no se conocen otras obras de la autora que traten temáticas relativas a esta disidencia genérico-sexual. Estas obras fueron recuperadas gracias a la labor de numerosas mujeres de las que se hablará más adelante, entre ellas Inés Field, Manuela Mur, Marisol Dorao, Nuria Capdevila-Argüelles y María Jesús Fraga. *Calistenia* es una breve obra teatral aún sin editar que puede leerse en formato manuscrito en la página de la Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid. En ella una madre y su hijo conversan acerca de las «señoras» que hacen el pino en el circo y de lo que pueden (o no) ser las madres. Una vez más, Fortún aborda en su obra las identidades sáficas y los problemas en torno a la asociación binaria de género y sexualidad. Las dos últimas novelas, *Oculto sendero* y *El pensionado de Santa Casilda*, se mantuvieron inéditas hasta 2016 y 2022 respectivamente. Además, conviene mencionar que actualmente se apuesta por la posibilidad de que *El pensionado de Santa Casilda* fuese una obra colaborativa de Elena Fortún y Matilde Ras.

3. El primer texto en lengua hispana y de autoría femenina que narra un orgasmo femenino fruto de un encuentro sexual entre dos mujeres es *Zezé*, novela de 1909 de la enigmática autora murciana Ángeles Vicente.

la vaguedad o la ambigüedad descriptiva en la literatura testimonial, ficcional e incluso científica —es decir, lo que se ha investigado a partir de los textos de estas mujeres de las generaciones del 14 y del 27— de las identidades sáficas es un terreno pantanoso en el que debemos andar con cuidado a la hora de bucear en la historia. Aun con todo, me atrevo a decir que este hecho no es del todo algo negativo o, al menos, no es algo que nos deba hacer perder la esperanza a la hora de encontrar información fiable. De hecho, creo que ser conscientes de estas ausencias y elipsis en los textos, en todo caso, es algo que puede ayudarnos a detectar ciertos deseos y, por supuesto, relaciones románticas o afectivo-sexuales entre mujeres. Frente a esta hipótesis que defiendo os presento dos ejemplos que más adelante abordaremos: la deliberada omisión de la sexualidad de Elena Fortún por parte de su biógrafa más entregada, Marisol Dorao, y la ausencia de claridad de Victorina Durán en su diario titulado *Así es* en lo que a su relación con «la actriz» respecta.⁴ De cualquier forma, estas elipsis de información deberían llevarnos a preguntarnos por qué y, sobre todo, invitarnos a pensar qué informaciones podemos extraer de ellas.⁵ Lo que nos importa es poner en relieve el valor comunicativo de esa escritura del silencio.

4. «La actriz» de la que Victorina habla en sus diarios fue casi sin lugar a duda Margarita Xirgu, la predilecta de Lorca, que lo acompañó en tantas obras.

5. Francisco Villanueva tiene un artículo fruto de una conferencia plenaria sobre las escrituras rizomáticas del silencio en la novela *Oculto sendero* de Elena Fortún. En él se presenta la escritura del silencio como una herramienta a través de la que Fortún construye una relación entre el sujeto femenino y lo «decible»; se centra en el significado de los silencios y la conexión con el cuerpo femenino. El personaje protagonista se construye sobre su incapacidad para afrontar el mundo que le ha tocado habitar a través de cuestiones como su falta de apetito constante, su infabilidad o incapacidad para pronunciar ciertas palabras —que en el texto es representada por los persistentes puntos suspensivos— y su deseo, así como la ausencia de este, que en ocasiones la lleva a experimentar repulsión. Este es uno de los numerosos ejemplos de literatura científica que podemos encontrar sobre la escritura del silencio en autorías femeninas y disidentes.

Como Beatriz Suárez Briones señala al respecto de la crítica lesbiana —es decir, la crítica sobre literatura de temática lésbica escrita por autoras lesbianas o sáficas—, la sociedad misógina y homofóbica ha empujado en numerosas ocasiones a las autoras sáficas a escribir desde el oscurantismo, a «codificar en un lenguaje oscuro y oblicuo sus mensajes» e incluso a «recurrir a la autocensura». Por ello, y de acuerdo con la investigadora y periodista Angie Simonis, el hecho de que las lesbianas hayan dejado muy pocos documentos sobre sus vidas que incluyan detalles sobre sus prácticas sexuales o sus deseos eróticos hunde sus raíces en el obstáculo del silencio. Muchas «quisieron» censurar —o, mejor dicho, se vieron internamente obligadas— y destruir sus propias obras. Y aquellas que, por el contrario, no tuvieron esa determinación autodestructiva para con sus obras y memorias, tuvieron que enfrentarse en vida o de forma póstuma a sus familiares, que en numerosas ocasiones se encargaron de la destrucción de manuscritos, cartas y diarios.

Por otra parte, ya la propia Victorina Durán apuntaba —quizás sin saberlo— a la misoginia imperante como responsable de que la homosexualidad femenina fuese menos visible. En la actualidad, como señala Matilde Albarracín Soto, además de mantener esa menor visibilidad, también se puede decir que está menos institucionalizada que la masculina, por lo que es sencillo entender las enormes dificultades a las que nos enfrentamos para encontrar cualquier referencia sobre la vida y costumbres de estas mujeres.

Asimismo, la investigadora Patricia Barrera Blasco no duda al denunciar que «la propia temática y la condición sexual de algunas de estas autoras han conducido a esta narrativa al silencio y al olvido en los círculos académicos», motivo

por el cual, de nuevo, se explica la escasez que aún abunda en los estudios literarios y, en particular, los silencios que se ciernen sobre la crítica lésbica.

Expuesto todo esto, que no es más que un breve repaso de la situación en la que nos encontramos en el presente con respecto a la investigación y el ensayo sobre literaturas y vidas sáficas, conviene señalar que el panorama no es absolutamente desolador. O, en caso de que algunas lo interpretéis así —con motivos, tampoco queremos fingir que la forma de abordar la historia y la literatura en el presente sea un paraíso para las bibolleras—, en este ensayo nos gustaría ofrecer una visión algo esperanzadora. Si bien es cierto que aún se continúa esa estela del silencio que condiciona la cantidad de investigaciones, obras y estudios sobre el tema, así como la forma en la que estas se abordan, los estudios de género han abierto una puerta a la recuperación de figuras femeninas de nuestra historia. Esto *per se* tampoco nos permite cantar victoria, ya que podemos reconocer que muchas de las investigaciones con perspectiva de género siguen adoptando una visión muy cisheterocentrada. Aun con todo, hay autoras pertenecientes o no a círculos académicos que han hecho trabajos de recuperación importantísimos en los que se presta atención a la sexualidad e identidad de las mujeres historiadas —en algunos casos, centrando la labor de recuperación en estos aspectos y, en otros, mencionándolos de pasada, algo que estaría bien que se hiciese profundizando mucho más—. Entre estas autoras contemporáneas, y a riesgo de dejarnos a muchas en el tintero, para mí han destacado Luz Sanfeliú —historiadora especializada en la construcción histórica de la ciudadanía femenina en la España de los siglos XIX y XX y autora del magnífico ensayo *Juego de damas: aproximación histórica al homoerotismo femenino*—, Tània Balló —guionista y directora de cine que recuperó la historia

de Las Sinsombrero—, Shirley Mangini —autora de *Las modernas de Madrid*—,⁶ María Jesús Fraga o Nuria Capdevila-Argüelles —las incansables editoras de la obra de Elena Fortún—, Eva Moreno Lago —investigadora especialista en Victorina Durán que ubicó los espacios de reunión del Círculo Sáfico de Madrid—,⁷ Idoia Murga Casto o Carmen Gaitán Salinas —doctoras de historia del arte responsables de la edición actual de los diarios de Victorina Durán— o Cristina Domenech —doctoranda de literatura histórica con perspectiva queer y autora de los maravillosos *Señoras que se empotraron hace mucho*, *Señoras ilustres que se empotraron hace mucho* y *Más señoras que se empotraron hace mucho*—.

Todas ellas forman parte de mi biblioteca personal y de la bibliografía de esta obra, pues a través de sus trabajos fui llegando a informaciones, textos e investigaciones que no dejaban de sorprenderme e intrigarme a partes iguales. Este ensayo, quizás ambiciosamente, pretende inscribirse en esta estela de autoras, puesto que todo a lo que aspiro es a poder contribuir a la construcción de una memoria sáfica ya de por sí valiosa en el ámbito histórico e intelectual, pero incluso más valiosa en un sentido humano y político. El motivo por el cual considero de obligada pertinencia un tema de investigación de este tipo es sencillo y, por desgracia, ampliamente conocido: las mujeres sáficas crecemos sin iguales, sin la posibilidad de reconocernos en otras mujeres, sin un lenguaje propio al que aferrarnos para existir y dejar nuestra huella. Por ello resulta tan necesario que desde cualquier ámbito de

6. Me permito esta digresión para deciros que *ojalá* tengamos pronto una reedición de esta obra.

7. Ya que me estoy tomando la libertad de hacer apuntes personales, he de añadir que la labor que Eva Moreno Lago ha hecho y continúa haciendo es digna de celebrar y aplaudir. Próximamente nos deleitará con una biografía exhaustiva de Victorina Durán y no me cabe la menor duda de que, en el futuro, su compromiso con la memoria femenina y sáfica nos brindará auténticas joyas.

la vida —y, por supuesto, desde los marcos académicos y culturales— se reivindicquen las figuras de aquellas mujeres que, relegadas al silencio y a la oscuridad, vivieron su identidad genérico-sexual como pudieron y dejaron testimonio de ello. Las mujeres de las que se hablará en este ensayo, aclamadas intelectuales españolas, son estandartes a los que muchas mujeres, jóvenes o adultas, podrían aferrarse al conocer sus historias. Mujeres ante las que sentir admiración e identificación, autoras de textos en los que es posible encontrar respuestas, consuelo y esperanza.